

Necesidad de la conversión, penitencia y ascesis

P. José Antonio Clemente G.¹

Resumen: Dios ha hecho al hombre a su Imagen y Semejanza; lo ha hecho de un modo perfecto, ya que de Él, Bondad Absoluta, no puede salir nada imperfecto, y esta realidad podemos palparla en el estribillo del Génesis “y vio Dios que todo era muy bueno” a la hora de la formación del hombre como culmen de la Creación. Sin embargo -y por envidia del Diablo- el ser humano, haciendo mal uso de su libertad, sucumbe frente a la tentación, queriendo compararse con Dios, y desencadenando una serie de acontecimientos que lo deshumanizan y lo separan del Creador y de su entorno. A partir de ese momento, se da en el ser humano la dialéctica entre el pecado y la Gracia en su cotidianidad; se da cuenta de que vive la realidad descrita por san Pablo “no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero”; aunque frente a esa realidad difícil, se manifiesta la Misericordia Divina, que invita al hombre a una actitud de conversión constante para alcanzar su plenitud. Este trabajo examina, desde la perspectiva de varios autores, el arduo camino de los hombres hacia la santidad, buscando en todo la voluntad de Dios, rechazando aquello que lo puede apartar de su opción fundamental, y echando las bases para lograr el objetivo: el hombre nuevo, el hombre de Dios.

Palabras clave: conversión, misericordia, ascesis, plenitud, felicidad, cumplimiento, oración, sacrificio.

Abstract : God created the man in his image and likeness. He made the man perfectly, because from him, perfect Goodness, cannot be created something wrong, and we can see this reality in the words of Genesis “and God saw everything was very good”, when He created a man as the culmination of the creation. But, out of Evil’s envy, the human being, abusing of his freedom, falls in the temptation, wanting be like God, and unleashed a series of events that desumanize him and separating him from God and his environment. From his moment, the man lives himself the drama of Saint Paul “I don’t make the good that I want, but the bad that I don’t want”. Around this situation, God is Merciful and invite the man to change, to be full and happy. This paper examines, from the perspective of several authors, the arduous journey of men towards holiness, seeking in everything the Will of God, rejecting that which can separate them from their fundamental choice, and laying the foundations to achieve the objective: the new man, the man of God.

Keywords: Conversion, Mercy, Asceticism, Plenitude, Happiness, Fulfillment, Prayer, Sacrifice.

¹ Sacerdote de la Arquidiócesis de Caracas, bachiller en Teología (Pontificia Universidad Javeriana), licenciado en Teología (UCSAR) y en Teología Espiritual (UPS), magister en Teología Espiritual (ITER-UCAB) y profesor de Catequética Fundamental (ITER-UCAB).

Introducción

Sin duda alguna, el pecado es uno de los grandes dramas de la humanidad. Desde el momento en que el hombre se aparta del plan inicial de Dios por hacer mal uso de la libertad, comienza la tensión entre el pecado del hombre y la Misericordia Divina, tensión que ha caracterizado gran parte de la historia del ser humano.

El hombre religioso en general, y el cristiano en particular, se confronta consigo mismo, con sus limitaciones, y descubre que necesita de la Gracia de Dios para plenificarse como ser humano y como hijo de Dios. En este sentido, la conversión juega un papel importante en este proceso espiritual de volver a Dios, a sus Mandamientos y a su plan de Salvación para la humanidad, para cada individuo en particular, y para su Pueblo en general.

La conversión verdadera, no es solo descubrir la propia limitación y confrontarse con el pecado, sino el desarrollo de una ascesis -con el acompañamiento de la Iglesia como madre y como maestra- a través de prácticas piadosas, que implican las privaciones, las oraciones y las obras de caridad, entre otras, para poder llegar a ser plenamente *hombre nuevo*.

El Pecado como condición humana

La conversión cristiana parte de la realidad pecadora del hombre. Este hombre que busca la santidad -afirma Ch. Bernard-, descubre que es pecador. El pecado en la humanidad se presenta bajo dos formas: el original (inicio de la concupiscencia en la humanidad, a través de apetitos desordenados, o pulsiones negativas) y los personales (como producto de dicha concupiscencia), los cuales, apartan al hombre de su amistad con Dios; dicha amistad, puede ser recuperada a través del Sacramento de la Reconciliación, en el cual, se borra la culpa mas no la pena. Se intuye entonces que el ser humano está necesitado de una constante purificación. Se toca también aquí el tema de los actos, hábitos y vicios; se menciona la importancia del ambiente o entorno

como factor que contribuye o desfavorece la vivencia de la vocación a la santidad, y se trata el tema de la influencia del Demonio en la separación del hombre con respecto al plan de Dios, a través de la obsesión, la posesión o la tentación, la cual, se manifiesta tanto con respecto a la resistencia en la prueba como en la práctica del bien, es decir, se lleva a cabo en situaciones de comisión y omisión. Por otra parte, el hombre debe cuidarse de la tibieza espiritual (*la asedia*), y poner en práctica los medios para mantenerse en sintonía con la Voluntad Divina: el examen de conciencia, la prudencia y caridad en el trato con los demás, y la penitencia, entre otros, según el autor.

Por su parte, Zomparelli hace énfasis en los aspectos de la materialidad y la intencionalidad de los pecados cometidos (cf. objeto, fin y circunstancias a la hora de juzgar un hecho moral). Explica que el pecado consiste en una infidelidad al amor de Dios; se le da la espalda a Él y a su proyecto, se produce un abuso de la libertad y una manifestación de la ausencia del Espíritu Santo, quien impulsa a lo bueno²; evidentemente, esa ausencia no depende de Dios, que es siempre fiel a su Promesa, sino del hombre que cierra su corazón a la Gracia. El ser humano -consciente o inconscientemente- busca separarse de Dios, porque siente que Este coarta su libertad; intenta -como afirma el autor- “*construirse a sí mismo*”. En esta dinámica confluyen la soberbia humana y envidia del Demonio.

El pecado rebaja al hombre, lo disminuye en su dignidad como ser humano y como Imagen y Semejanza de Dios; por tanto, necesita volver a Él, así como los sarmientos dependen de la vid para subsistir; necesita el hombre redescubrir el significado último de la vida: permanecer en Dios, y crecer progresivamente en el camino de la santidad. Explica este autor, que el pecado posee una dimensión social y cósmica, es decir, se da una solidaridad de todos los miembros de la humanidad en el pecado (con Adán, a partir del Pecado Original) y en la Gracia (con Cristo); de esta afirmación se desprende que el pecado nos aparta no solamente de Dios, sino también del prójimo (dimensión eclesial).

2 B. Zomparelli, “Pecado” en Ancilli, E., *Diccionario de Espiritualidad*, tomo III (Barcelona: Herder, 1984), 119.

Asimismo, también tras el pecado de Adán y Eva, el equilibrio con el entorno se rompe, y se da paso a los pecados relacionados con los desequilibrios ecológicos, la mayoría de las veces por la explotación económica, interpretándose de una manera errónea la frase bíblica *poblar la tierra y dominarla*, en vez de *cuidar de ella*; de allí, la dimensión cósmica.

Meditar acerca de la solidaridad de la Gracia a partir del acontecimiento Cristo, nos lleva a reflexionar acerca del Misterio Pascual en la obra de la Redención. Cristo es el Revelador del Amor del Padre, y a la vez es el Artífice de dicha Obra Redentora, a través de su entrega generosa en la Cruz y de su Gloriosa Resurrección. Sanna³ hace mención, al referirse a este tema, de una madurez espiritual que se da a partir del acontecimiento Pascual. El cristiano muere con Cristo (a través del sacrificio diario, cargando la cruz de cada día) para resucitar con Él, y a la vez, busca configurar su vida toda con Él, quien es el Hombre Perfecto, el Paradigma, el Modelo a seguir. Bernasconi⁴ afirma que el Bautismo nos configura con el Misterio Pascual, y la Confesión sacramental restaura esta realidad.

Retomando el tema del pecado, Zomparelli expone la clasificación en *graves* y *veniales*; los primeros, rompen la Amistad con Dios y los segundos la hieren; en tanto que una falla contra la opción fundamental, es el equivalente al pecado contra el Espíritu Santo del cual hace mención Jesús en el Evangelio. Cabe destacar también la progresividad en las faltas cometidas, es decir, los pecados veniales conducen a los mortales o graves, y estos, al pecado contra el Espíritu Santo (muerte espiritual); por tanto, se requiere sencillez y pureza de corazón (espíritu de las Bienaventuranzas) y un marco de valores como producto de la cercanía con Dios para mantener a raya la situación y seguir el Plan Salvífico.

3 I. Sanna, I., *Misterio Pascual* en S. Fiorez, T. Goffi y A. Guerra, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad* (Madrid: San Pablo, 1991), 1253-1265.

4 O. Bernasconi, *Pecado y Penitencia* en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 1546-1573.

Necesidad de la conversión, penitencia y ascesis...

Con respecto al examen de conciencia y su relación con la realidad pecadora del hombre, Cappelletti nos presenta esta práctica, no solo como un requisito para la Confesión Sacramental, sino también como práctica ascética⁵; el hombre está llamado a una constante actitud de vigilancia, a volver constantemente sobre su actuación para descubrir en ella la Voluntad de Dios. Dicho examen debe realizarse en un clima de oración, para no convertirse en una mera reflexión filosófica. A la hora de realizar dicho examen, el ser humano hace introspección, a través de su conciencia, de los actos, hábitos y actitudes de su vida cotidiana (positivos y negativos), y no se queda solo en la revisión de los mismos, sino que este proceso decanta en propósitos que le ayudan a crecer y mejorar (método ignaciano); Sulpicio, por su parte, basa el examen en el contraste de la comparación de la vida del creyente con la vida de Jesús⁶.

El pecado, por otra parte -nos dice Bernasconi-, al ser alejamiento de Dios y la humanidad, impide la participación en la Comunión Sacramental, por lo que el hombre -en este caso, el penitente- debe restaurar cuanto antes dicha amistad y dicha comunión, ya que es mucho lo que pierde al vivir en esta situación de distanciamiento.

Así pues, habiendo tocado el tema de la naturaleza del pecado y sus consecuencias en el hombre, se echan las bases para tratar el tema de la conversión propiamente dicha.

La Conversión como actitud

Goffi⁷ nos habla de la conversión como volver a la fe, como arrepentimiento, como renovación desde la óptica de la Gracia, es decir,

5 A. Cappelletti, *Examen de conciencia en Diccionario de Espiritualidad*, tomo II, 68.

6 A. Cappelletti, *Examen de conciencia en Diccionario de Espiritualidad*, tomo II, 68-73.

7 T. Goffi, *Conversión en Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 356-362.

como Obra Divina. La conversión en el ser humano debe ser continua, y debe ser vista no solo como un mero salir del pecado, sino también como un crecimiento en la fe y en la presencia del Espíritu Santo. Hace también mención el autor, de la conversión pastoral, la cual, conduce a una intensa labor evangelizadora, por encima de una Liturgia mal entendida, que solo conduce a un mero rubricismo.

Al abordar el tema de la Segunda Conversión (término acuñado por Clemente de Alejandría), se refiere Goffi a tres realidades: a) una ascesis profunda (haciendo énfasis en la vía unitiva por encima de la purgativa e iluminativa); b) la adopción de la vida religiosa o clerical, para una mayor vivencia de la fe y el compromiso con Dios; y c) la búsqueda de la perfección, es decir, salir de la zona de confort en la práctica del bien, agradar a Dios y buscar en todo su Voluntad, salir de la tibieza, no contentarse con lo “*mediocrementemente bueno*”. Al llegar a este punto, se da una apertura tal a la vida mística, que la penitencia ya no es algo pesado. En cuanto a la Primera conversión, el autor la asocia al paso del paganismo a la fe.

Por su parte, Marchetti⁸ habla del paso de un estado a otro, de un regreso o cambio de camino, desde un punto de vista literal y humano. Desde la espiritualidad, se refiere a la aceptación de la fe, a un cambio de religión, a la vuelta a la fe después de un alejamiento, o incluso el cambio de la fe a la impiedad (la menor de las veces); también la presenta como un viraje de las almas piadosas, en tanto en cuanto buscan la perfección, la Voluntad de Dios. Cabe destacar que la Conversión tiene implicaciones teológicas y morales. Haciendo un recorrido histórico, este autor presenta la conversión en el Antiguo Testamento como fidelidad a la Alianza y la escucha a la voz de los profetas; con respecto al Nuevo Testamento, se refiere al llamado hecho por Juan el Bautista, y al binomio conversión y Reino, de parte de Jesús: “*El Reino de Dios ya está cerca, conviértanse, y crean en el Evangelio*”.

8 B. Marchetti-Salvatori, *Conversión en Diccionario de Espiritualidad*, tomo I, 481-487.

La conversión implica también -afirma este autor- una doble dimensión, a saber: dolor de los pecados y la vuelta a Dios. Para llevar a cabo dicha conversión, son necesarios requisitos tales como la fe (en cuanto aceptación del Designio de Dios y configuración con él), y la voluntad (como expresión de amor y valentía frente al sacrificio que implica la fidelidad). En este proceso, Dios impulsa y ayuda al hombre, aunque respetando la libertad humana; en esta dinámica, Dios habla y el hombre responde, llegando a ser la conversión, un dialogo, que implica a la vez, don y tarea. Advierte también Marchetti, en este sentido, que una conversión mal entendida, puede llevar a extremos, como de hecho lo ha corroborado la historia con los movimientos heréticos del pelagianismo y el protestantismo, exacerbando el uno, la absoluta capacidad y voluntad humana y suprimiendo por completo la Gracia, o negando por completo el otro, la capacidad del ser humano de hacer cualquier cosa por alcanzar la Salvación.

Al plantear el tema de la Segunda conversión (p. 484), este autor habla de un hecho importante y decisivo en la vida humana y espiritual (piénsese por ejemplo en personas *piadosas*, de cercanía con la vida espiritual y eclesial, que tienen experiencias límites o de choque tales como retiros de avivamiento espiritual, cercanía con la muerte, entre otros). Dice Marchetti, que algunos llaman a esta segunda conversión, una *conversión ascética*. Hace también referencia este teólogo, a la opción por la Vida religiosa después de la conversión moral (el paso del mal al bien); en ella -en la segunda conversión-, se da una búsqueda permanente de la santidad (Voluntad de Dios, como ya se ha afirmado al hacer referencia a otros autores). Esta segunda conversión, casi siempre se da en la edad madura, ya que en ella se produce la elección del estado de vida. Se advierte también en esta obra, una dificultad latente al producirse la segunda conversión, y es el problema de la tibieza, caracterizada por la costumbre y la monotonía en la vida espiritual, llegando a ser esta segunda conversión, como una especie de fuego artificial que explota, y simplemente queda allí, perdiendo su efecto; es por ello que se alaban iniciativas como la *tercera aprobación* de la familia jesuita, y sus similares en la vida religiosa y en la vida laical.

Por su parte, Waaijman, en la sección de su obra dedicada a la transformación, nos dice que la iniciativa parte de Dios⁹ y el hombre colabora; sólo Dios puede re-crear al hombre¹⁰, y llegados a este punto, nos presenta el ejemplo de una pintura fina hecha sobre un lienzo fino ya pintado, o en palabras de San Agustín, y citadas en el Pregón Pascual: *¡Oh feliz culpa que mereció tal Redentor!*; se intuye de lo dicho, que la Redención es más que la Creación, Obra Divina ya admirable en sí. Hace mención Waaijman, del verbo hebreo *shub* (deformar) y de *teshumah* (convertir, necesidad de volver al origen¹¹); el hombre necesita regresar a Dios que es la Bondad Absoluta. Este autor hace alusión también a la salvedad que hacen algunos teólogos a la hora de distinguir *conversión*, como cambio de religión, y *transformación*, como cambio de conducta. Se aborda también en esta obra la relación de la Redención y el Misterio Pascual¹²: por la Encarnación de Jesús, el hombre aspira a convertirse en otro cristo¹³. Asimismo, se nos habla de ir a Dios en su esencia y no en sus formas (enseñanza reflejada en ejemplo de la luz y de las lámparas)¹⁴; contempla las realidades de *destrucción y reconstrucción*¹⁵, del *vaciamiento interior* de las potencias del alma¹⁶, y de la unión místico-esponsal del alma con Dios¹⁷. Finalmente, alude a la conversión como vivencia de una regla, recordando la práctica del monacato del S. XII.

Y así, habiendo abordado el tema de la condición pecadora del hombre, y el llamado a la conversión, se echan las bases para hablar del medio a través del cual se lleva a cabo esta conversión, nos referimos a la ascesis

9 K. Waaijman, *Espiritualidad. Formas, fundamentos y métodos* (Salamanca: Sígueme, 2011), 490.

10 *Espiritualidad*, 491.

11 *Espiritualidad*, 492.

12 *Espiritualidad*, 493-494.

13 *Espiritualidad*, 494.

14 *Espiritualidad*, 496-497.

15 *Espiritualidad*, 500.

16 *Espiritualidad*, 502.

17 *Espiritualidad*, 503-504.

La ascesis como medio

Bernard y Goffi¹⁸, definen la ascesis como el esfuerzo para progresar en la vida moral y religiosa (de manera ordenada y sistemática); por tanto, implica esfuerzo y método, a través de plegarias y obras para el perdón de los pecados. Se puede decir -junto a Bernasconi¹⁹- que la vida es una constante penitencia (evitando el sentido peyorativo y pesimista de la palabra). En la Sagrada Escritura, Juan Bautista nos presenta esta ascesis en miras a la austeridad, mientras que Pablo hace énfasis en el concepto de la lucha. El objetivo de la ascesis es la virtud, el dominio de la razón sobre los instintos, el aumento de la libertad y encuentro con el Absoluto. Es importante resaltar que este proceso tiene bases corporales y espirituales -como ya se ha afirmado-, dejando de lado el dualismo que afirma la maldad corporal y la bondad de lo netamente espiritual. Asimismo, estos autores (Bernard y Goffi) plantean la relación entre ascesis y mística, haciendo énfasis en la actividad y pasividad que implica este proceso: el hombre se dispone a la acción de Dios; esta concepción podemos palparla en los grandes maestros de la espiritualidad, tales como Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, entre otros. Se advierte también en estas líneas que la desolación, en muchas ocasiones, nos ayuda a veces a situarnos, adoptando una actitud humilde, aceptando que no todo depende de nosotros.

La ascesis, debe vivirse de acuerdo con el estado de vida y carisma propio de cada ser humano. Llegados a este punto, se nos presenta una especie de *catálogo* de elementos propios de la ascesis: la penitencia corporal (evidentemente, evitando los extremos de antaño, poniendo incluso en riesgo la salud, minusvalorando el cuerpo como *Templo del Espíritu Santo*); el Apostolado (formal y vital o cotidiano), la prudencia como un requisito para el control de las pasiones (término antiguo), la abnegación (cargar la cruz de cada día), y la oración (aunque algunos

18 C. Bernard y T. Goffi, *Ascesis en Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 110-128.

19 O. Bernasconi, *Pecado y Penitencia en Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 1552.

teólogos distinguen ambas realidades por considerar una activa y la otra pasiva). Con respecto a este tema de la oración, se nos presenta como base para el apostolado, y se hace énfasis en la disciplina que ello conlleva. Asimismo, se menciona la necesidad de estudio para orar de manera profunda, y la actitud de alerta y vigilancia para evitar distracciones. Dice Bernard: “En general, al hombre no le gusta rezar. Es fácil que sienta al rezar, una sensación de aburrimiento, un embarazo, una repugnancia, incluso una hostilidad. Cualquier otra cosa le parece más atractiva y más importante. Dice que no tiene tiempo, que tiene otras obligaciones más urgentes, pero apenas se ha desentendido de rezar, se entrega a hacer las cosas más inútiles²⁰.”

Se debe valorar también la oración, dice Bernasconi, como expresión de la Comunión de los santos, y la Liturgia como medio ascético, por la participación del creyente en el Misterio Pascual²¹. Estos elementos de comunión y celebración comunitaria nos ayudan a comprender el sentido social-ecclesial de la ascesis, en cuanto a solidaridad, acompañamiento, responsabilidad y apoyo, como afirma Goffi.

Se menciona la idea de la ascesis como participación en la Pasión de Cristo, expresión que no deja de generar cierta ambigüedad, ya que, ciertamente el hombre está llamado a configurarse con Cristo crucificado y Resucitado, sin embargo, cabe la pregunta teológica de si aún falta completar algo al Sacrificio óptimo de Cristo por la humanidad. Se hace necesario también aclarar que la ascesis no es desprecio al mundo, sobre todo después de la Encarnación, ya que Cristo ha dignificado la realidad material, y sobre todo la humana²². Finalmente, estos autores aluden a la ascesis moderna, en la cual, la caridad y la vida fraterna juegan un papel preponderante; la promoción personal contra el anonimato y la opresión, y la fortaleza en el dolor, tienen hoy más valor que las penitencias antiguas, vistas de reojo y con recelo por parte de la sociedad contemporánea.

20 *Ascesis en Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 123.

21 *Pecado y Penitencia en Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 1564.

22 *Ascesis en Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 119.

Por su parte, Ancilli²³ nos habla de la búsqueda de la santidad, a través de la oración y bien obrar, del esfuerzo y de la colaboración con Dios. Hace notar este autor, que la ascesis tiene una base evangélica (aun cuando el término no aparece en la Escritura); esto se refleja en las referencias del Evangelio en las que Jesús invita a sus seguidores a cargar la cruz y morir a sí mismos, o cuando Pablo menciona el esfuerzo de los atletas y su parangón con la vida espiritual. También menciona este autor -como los anteriores- la relación entre el Pecado Original y el autodomínio absoluto (don preternatural que se perdió), por lo que es necesario ejercitarse para que se dé el dominio de la razón por encima del instinto y de las *obras de la carne*. Ancilli realiza luego un recorrido histórico, partiendo de la base del Antiguo Testamento, en los que menciona las penitencias personales y comunitarias para aplacar la ira de Yahvé. Con respecto al Nuevo Testamento, alude a la actuación ascética de Jesús al pasar cuarenta días en el desierto, su llamada a la conversión a la hora de instaurar el Reino, y la exhortación a Nicodemo a nacer de nuevo, entre otros. Con respecto a la historia de la Iglesia, se nos presentan tres elementos ascéticos de acuerdo con una determinada época: el martirio, la virginidad y el monacato; así como también aquellos actos que han ido surgiendo con el pasar de los años: la Confesión Sacramental, el ayuno, el silicio, y las vigiliias de oración. Ciertamente, afirma Ancilli, hay una visión muy particular de la penitencia en la modernidad -como ya se ha afirmado anteriormente-; el hedonismo reinante y los abusos del pasado, han contribuido con esta visión de recelo, dando incluso un cierto impulso al éxito del Demonio en su acción con respecto a la humanidad.

Se debe considerar que la cruz - del sufrimiento y la renuncia- es algo inherente a la vida cristiana, de hecho, es su base, porque la Redención parte del Sacrificio de Cristo. Un estado de *Enamoramamiento de Dios* nos lleva a sublimar el dolor, más allá de una visión de castración o masoquismo; advierte también Ancilli del peligro de la

23 E. Ancilli, *Ascesis en Diccionario de Espiritualidad*, tomo I, 171-187.

tibieza²⁴. Nos dice este autor que la mortificación tiene una función educativa, purificadora y reparadora; alude a la constancia en el proceso de crecimiento humano y espiritual, y advierte también acerca de la preservación de la salud con respecto a los castigos corporales. A través de la paciencia en el sufrimiento y por el cumplimiento responsable y ético de los deberes, el hombre se acerca a Dios y a su fin último. Finalmente, se nos dice que, a través de la obediencia al Espíritu, el hombre se hace más y mejor persona²⁵.

El hombre nuevo como resultado

El resultado de la conciencia del hombre de ser pecador, y de su constante actitud de conversión, vivida a través de la ascesis, nos lleva al último punto de esta reflexión: la nueva visión del hombre.

Goffi nos dice que este hombre nuevo es obediente al Espíritu Santo; apunta -como ya se afirmó- a las obras del Espíritu por encima de las obras de la carne; vive la ascesis y la norma moral como responsabilidad ética y no como un mero cumplimiento. “*No debe reducirse a una enumeración de deberes, a una memorización de leyes o a un catálogo de prescripciones*”, afirma²⁶; vive la caridad como reflejo trinitario; tiene su centro en Cristo Resucitado y se ve reflejado en los modelos de los santos; vive su humanidad como reflejo de la bondad de Dios y no como auto referencia, es decir, promueve una sana *teonomía* en contra de una autonomía absoluta, que raya en la soberbia y el egoísmo; se deja llevar por la Gracia Divina; y vive su vida como anticipación del Reino escatológico desde lo cotidiano, y no desde la alienación espiritual.

24 Ascesis en *Diccionario de Espiritualidad*, tomo I, 182.

25 Ascesis en *Diccionario de Espiritualidad*, tomo I, 186.

26 T. Goffi, *Hombre Espiritual en Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, 889.

Conclusión

No es fácil ser y vivir como auténticos hijos de Dios. Si bien es cierto el Señor nos llama a la plenitud, a la felicidad, a la Salvación, también es cierto que la santidad es una tarea y una batalla cotidiana, que se logra a través de una ascética rigurosa, renunciando a muchas cosas que pueden llegar a verse como normales, y que no lo son, porque justamente contradicen el Plan de Dios.

Uno de los grandes enemigos a vencer es la soberbia, la cual, se apodera de nuestros corazones, y nos hace repetir el mismo error de Adán y Eva, de querer compararnos con Dios y convertirnos en jueces de lo bueno y de lo malo. El llamado que nos hace el Señor como humanidad, es justamente a provocar una conversión constante, sabiendo que en esta vida no vamos a alcanzar la perfección, pero sí tomando conciencia de adelantos y del proceso de crecimiento en valores humanos y espirituales a la hora de cumplir la Voluntad Divina.

Amparado por la Gracia Divina que todo lo puede, el hombre emprende este arduo camino hacia la santidad, buscando en todo la Voluntad de Dios, apartándose de aquello que lo puede apartar de su opción fundamental, y echando las bases para lograr el objetivo: el hombre nuevo, el hombre de Dios.